

Muerte de Odetta.

Creía, en efecto, Odetta al pronunciar estas palabras que iba á morir, porque se desmayó en el acto mismo. Carlos la volvió en sus brazos á la cama de donde se acababa de levantar, y merced á unas gotas de agua que Juana le echó en el rostro, volvió á abrir los ojos.

— ¡ Ah! exclamó colgándose del cuello de su amante, ¡ ah! Carlos mío, mi rey y señor, ¿ conque es cierto que no habéis muerto?

Toda la vida de aquel ser angelical estaba reconcentrada en sus ojos.

— Aun vivo, querida mía, para amarte.

— ¡ Para amarme!

— ¡ Oh, sí!

— Muy dulce es ser amada, pues el amor hace menos sensible el morir, dijo tristemente Odetta.

— ¡ Morir! repitió el rey aterrado, ¡ morir! dos veces has repetido ya esa palabra. Por ventura,

¿ estás enferma? ¿ qué tienes? ¿ por qué estás tan pálida?

— ¡ Y vos me lo preguntáis! contestó Odetta. ¿ Ignoráis acaso que una funesta noticia circuló por toda la ciudad y que penetró hasta aquí como por todas partes? ¿ Ignoráis que en lo más avanzado de la noche se oyó un grito que retumbó de un extremo á otro en París, el cual decía: ¡ el rey ha muerto! ¿ Comprendéis ahora, monseñor? Cuando aquellas palabras llegaron á mis oídos, fueron como una puñalada para mi corazón, sentí que alguna cosa necesaria para vivir se rompía dentro de mí; entonces quedé muy satisfecha, porque adquirí la seguridad de no poderos sobrevivir, y bendije á Dios; ahora, por el contrario, vos vivís, y la sola que va á morir soy yo. Y también bendigo á Dios, porque su bondad es grande y su misericordia infinita.

— ¡ Qué estás diciendo, Odetta! ¡ has perdido sin duda el juicio! ¡ morir tú, morir! ¿ y por qué? ¿ cómo?

— Por qué, ya os lo he dicho; cómo, lo ignoro: lo que únicamente sé es que mi alma ha estado próxima á abandonarme; y cuando he sabido que vivíais, solo he pedido á Dios volveros á ver, no le he pedido más vida porque he conocido que era

inútil; os he visto, soy feliz y ya puedo morir. ¡ Dios mío, Dios mío, perdonadme si todos mis pensamientos son para él! Carlos, ¡ cuánto estoy sufriendo! ¡ oh! ¡ estréchame en tus brazos, quiero morir en tus brazos!

Y se desmayó segunda vez.

El rey, creyendo que había muerto, la estrechaba contra su corazón sollozando y dando gritos de desesperación; de repente se estremece al sentir un movimiento extraño: era el niño que se agitaba en el seno de su madre.

— ¡ Oh! exclamó recobrando toda su presencia de ánimo, corred, Juana, en busca de mi médico, traedle aquí; si es preciso, decidle que yo soy el que se está muriendo, pero que venga pronto, al instante; aun no está muerta y tal vez podrá salvarla.

Juana se lanzó fuera del cuarto con toda la velocidad que su edad le permitía y se dirigió adonde el rey le había dicho. Diez minutos después volvió á entrar acompañada del médico.

Odetta había vuelto en sí, pero tan débil, que apenas podía hablar. Clavados los ojos en los suyos, inmóvil y con la frente cubierta de sudor, la miraba ansiosamente: de tiempo en tiempo Odetta daba un ligero gemido.

— Corred, corred, doctor, exclamó Carlos al ver al médico, venid y salvádmela; y si la salváis habréis salvado más que mi corona, más que mi reino, más que mi vida; salvaréis á la que me volvió la razón cuando yo estaba loco; á la que pasó asistiéndome, cariñosa y paciente como un ángel, días sin cuento y eternas noches; cuando la hayáis sacado de este peligro pedidme cuanto queráis, yo os juro que lo tendréis como el otorgároslo está al alcance del rey más poderoso de la cristiandad.

Odetta miró al rey con una expresión indecible de gratitud. El médico se acercó entonces y tomó el pulso á la joven.

— Va á entrar, dijo, en sus dolores para ser madre, y sin embargo todavía no era tiempo; sin duda ha tenido algún susto, ó ha sufrido alguna conmoción inesperada.

— ¡ Sí, eso es! dijo el rey. Y ya que tan perfectamente conocéis, doctor, la causa de su mal, la salvaréis, ¿ no es verdad?

— Monseñor, me atrevería á aconsejaros que os volviéseis á palacio á esperar el aviso de haber salido del peligro.

Odetta hizo un movimiento para detener al rey;

pero casi al mismo tiempo soltando sus brazos los dejó caer en la cama :

— Monseñor, dijo con voz muy débil, el doctor tiene razón; pero volveréis, ¿ no es verdad ?

El rey se llevó al médico á un ángulo del cuarto, y clavándole la vista :

— Doctor, le dijo, ¿ me echáis de aquí para que no la vea morir ? En ese caso nada en este mundo me alejará de este cuarto; si no me la podéis devolver viva, no me privéis de ella ni un minuto tan solo, ni un segundo.

El médico, después de haberse acercado á Odetta y pulsádola con la mayor atención, volvió al lado del rey y le dijo ;

— Podéis iros, monseñor; esta joven puede vivir hasta mañana.

El rey estrechó convulsivamente las manos del doctor, y dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

— ¿ Pero estáis seguro que no tiene remedio ? murmuró con una voz ronca : ¿ conqué va á morir y la voy á perder ? ; Oh ! entonces yo no me separo de ella y no hay poder humano capaz de hacerme salir de aquí.

— Sin embargo, señor, una sola palabra que os diga os decidirá á salir : la emoción causada por vuestra presencia puede hacer más horrorosa y

difícil la crisis que va á pasar, y todo depende de esta crisis; si hay alguna esperanza, en ella debo cifrarla.

— Me voy, me voy corriendo, dijo el rey.

Acercándose luego á Odetta y estrechándola en sus brazos, la dijo :

— Odetta mía, ten un poco de paciencia y no te apures; yo quisiera no separarme de ti, pero me dicen que es preciso; consérvate para mí y hasta luego, al instante vuelvo.

— Adiós, monseñor, dijo tristemente Odetta.

— No digas adiós, sino hasta luego.

— ¡ Dios os oiga !

La joven cerró los ojos dejando caer la cabeza sobre la almohada.

El rey entró en palacio anegado en llanto y en la mayor desesperación, y se encerró en su cuarto, donde pasó dos horas que le parecieron dos siglos; en vano procuró distraerse, pues constantemente le atormentaba un solo pensamiento; sentía en la cabeza los más agudos dolores; le parecía que pasaban por delante de sus ojos llamaradas que le abrasaban; estrechaba su ardiente frente con sus manos para no dejar escapar de ella la razón, porque apenas la había recobrado la víspera y conocía cuán fácil era que le abandonase de nuevo.

Por último, al cabo de algún tiempo conoció que ya no podía resistir más, y precipitándose fuera de su cuarto salió de palacio, dirigiéndose á la calle de los Jardines; mas apenas divisó la casa detuvo de repente su precipitado paso, todo su cuerpo temblaba. Un instante después ya estaba andando de nuevo, pero con un paso tan lento, cual si hubiese ido acompañando un fúnebre cortejo. En fin, llegó, pero sin atreverse á pasar el umbral de la puerta. Estuvo ya casi decidido á volverse á palacio á esperar el aviso que le habían prometido. Por último, subió maquinalmente las escaleras, llegó á la puerta, y allí, escuchando con las mayores ansias, oyó algunos gritos.

Al cabo de breves instantes cesaron los gritos. Juana abrió rápidamente la puerta, y el rey estaba arrodillado detrás.

— ¡ Y bien ! dijo fuera de sí, ¡ Odetta, Odetta !
— Ha librado ya... os espera.

El rey se lanzó en el cuarto llorando y riéndose al mismo tiempo, mas se paró repentinamente delante de la cama donde estaba acostada Odetta con su hija en los brazos, porque estaba tan pálida que parecía una imagen de mármol.

Mas á pesar de aquella palidez veíase en los labios de la reciente madre una dulce sonrisa llena

de esperanza, una sonrisa inefable y desconocida, una sonrisa que solo las madres tienen para sus hijos, una de esas sonrisas compuestas de amor, devoción y fe.

Viendo la perplejidad de Carlos y reuniendo todas sus fuerzas, cogió á su hija y se la presentó al rey.

— Monseñor, hé aquí lo único que os quedará de mí, le dijo.

— ¡ Oh ! la madre y el hijo vivirán, exclamó estrechando á ambos contra su corazón. Dios dejará en el mismo tallo la rosa y el capullo : ¿ le han hecho algo, por ventura, para que los quiera separar ?

— Monseñor, dijo el médico, sería muy conveniente que esta pobre joven descansase algunos instantes.

— ¡ Oh ! dejadme, dijo Odetta, mi reposo será más dulce y más tranquilo cuando esté allá arriba. No olvidéis que si se separa de mí no podré volverlo á ver, y que si yo he vivido tanto tiempo ha sido por un milagro que la naturaleza ha hecho en favor de esta criatura que yo debía dar á luz.

Después de pronunciar estas palabras dejó caer su cabeza sobre los hombros de Carlos : Juana cogió la recién nacida. Odetta y el rey se quedaron solos.

— Ahora me toca á mí, querida mía, dijo el rey, velar á la cabecera de tu cama como tú velaste por mí durante tanto tiempo. Dios hizo un milagro por ti; y aunque yo soy menos digno que tú de su bondad, sin embargo espero mucho de su misericordia. Duerme, yo rezaré.

Odetta se sonrió tristemente, estrechó de una manera casi imperceptible la mano del rey, y cerró los ojos. Algunos minutos después el aliento de su boca y el movimiento de su pecho anunciaron que dormía.

Carlos, pálido, sin movimiento y conteniendo la respiración, miraba aquel rostro tan pálido que parecía pertenecer ya á la tumba, á no ser porque sus labios coloreados de un encarnado vivo y el latir precipitado de sus arterias indicaban que todavía corría por sus venas una vida demasiado febril. De tiempo en tiempo estremecimientos ruidosos recorrían todo su débil cuerpo, los que eran inmediatamente seguidos de algunas gotas de sudor frío que se deslizaban por su frente. Estos estremecimientos se fueron haciendo más frecuentes, algunos suspiros salieron de su pecho, y los débiles gritos que prorrumpió anunciaron que estaba sufriendo algún sueño terrible. Carlos, viendo lo que sufría, la despertó.

Odetta abrió los ojos: al pronto sus miradas inciertas y vagas recorrieron todos los objetos que la rodeaban; fijándose luego en el rey dió un grito de alegría al reconocerle.

— ¡ Oh ! ¡ aun estáis aquí, señor ! le dijo : ¡ con- que era un sueño ! ¡ aun no nos hemos separado ! Carlos la estrechó contra su corazón.

— Imaginaos, continuó Odetta, que apenas me había dormido cuando bajó á los pies de la cama un ángel. Traía una aureola de oro alrededor de su frente, alas blancas en sus hombros y una palma en la mano : me miró dulcemente, y me dijo : « Vengo á buscarte, Dios te llama. » Yo le contesté haciéndole ver que me teníais en vuestros brazos y que no podía dejaros. En el mismo instante me tocó con su palma, y conocí que yo también tenía alas... después no sé lo que ha pasado ; yo era la que velaba y vos el que dormía. Remontándose entonces el ángel le he seguido llevándoos en mis brazos, y todos juntos hemos empezado á subir hacia el cielo. Al principio estaba muy contenta, pues me sentía con fuerzas y ligereza, y respiraba fácilmente ; poco á poco he ido sintiendo que pesabais á mis brazos ; no he hecho caso, y continué subiendo, pero respiraba ya con más dificultad. Quise despertaros, pero no pude, dormíais

como un tronco ; quise gritar esperando que me oiríais, pero mi voz no pudo salir de la garganta ; volví la cabeza hacia el ángel para pedirle sócorro, y lo vi que estaba ya en las puertas del cielo haciéndome señas de que le siguiese. Quise decirle que ya no podía subir más, porque me faltaba la respiración y porque vos me pesabais como un mundo, pero ni un solo sonido, ni una sola palabra pude articular ; mis brazos se adormecían ya y sentía que os ibais soltando de ellos... tan solo me faltaban dos pasos para alcanzar al ángel, ¡ ya casi e tocaba ! Alargué la mano para agarrarme de los pliegues de su vestido : ¡ fué mi último esfuerzo ! solo encontré un vapor sin resistencia y sin fuerza : el brazo con que os sostenía cayó como si estuviese muerto, y os vi rodar precipitado en el abismo. Al veros grité... y entonces fué cuando me despertasteis... gracias, gracias.

Aplicando entonces los labios á la mejillas de Carlos y sucumbiendo bajo el peso de tantas emociones, cerró los ojos.

El rey la vió dormirse de nuevo, y durante algún tiempo estuvo velando con el mayor cuidado de que algún otro sueño viniese á atormentarla ; mas al corto rato le pareció que comprimían su frente algunos vahidos terribles y que los objetos que le

rodeaban daban vuelta en torno suyo. La silla sobre que estaba sentado vacilaba. Trató de levantarse, abrir una ventana y desprenderse de aquella especie de delirio ; pero para ello era preciso despertar á Odetta, que con pálidos labios y la sangre algún tanto calmada, dormía tranquilamente en sus brazos ; á Odetta, á quien dos horas de tranquilidad podían volver sus fuerzas. No tuvo, pues, bastante valor para despertarla. Procuró escaparse de aquel delirio, y colocando su cabeza al lado de la suya, cerró los ojos á su vez. Durante algún tiempo continuó viendo objetos extraordinarios que flotaban en el aire y pasaban sin tocar el suelo ; una especie de humo en el cual chispeaban mil lucecillas, vino á cubrir todos aquellos objetos : las luces se fueron luego apagando poco á poco y todo volvió á quedar en la inmovilidad, á oscuras y en silencio : Carlos se quedó dormido.

Al cabo de una hora una sensación helada lo despertó : la cabeza de Odetta había caído sobre sus mejillas, y en ellas era donde sentía el frío. Entumecido con el peso del cuerpo de la joven, quiso volverla á colocar en la cama ; estaba más pálida que nunca, enteramente había desaparecido el color de sus labios. Acercó su boca á la suya, y no sintió su aliento : la estrechó en sus brazos, la

cubrió de besos, y de repente dió Carlos un penetrante grito.

Juana y el doctor entraron corriendo y se acercaron á la cama. Odetta no estaba ya en ella; y mirando en torno suyo vieron á Carlos sentado en un rincón del cuarto con el cuerpo de la joven en sus brazos, envuelto en las sábanas. Los ojos de Odetta estaban cerrados; los de Carlos estaban abiertos y clavados en el cadáver.

Odetta estaba muerta: Carlos estaba loco.

Condujeron al rey á San Pablo; había perdido el sentido y completamente la memoria, y dejábase manejar como un niño. Al momento corrió la noticia de aquella desgracia por todo palacio, y generalmente se atribuyó al susto de la noche anterior.

La reina supo esta noticia al volver de la calle de Barbette, en la que estaba alhajando una pequeña casa de recreo, é inmediatamente fué al cuarto del rey, donde lo halló en la misma inmovilidad. Apenas divisó Carlos las flores de lis de que estaba salpicado el vestido de la reina, cuando se presentó de nuevo el antiguo odio que había sentido siempre á aquel atributo de la familia real; y dando entonces un grito semejante al rugido del león, se apoderó de una espada que habían dejado impru-

dentemente junto á un sillón, y desenvainándola se precipitó sobre su mujer. Viéndose la reina amenazada de este modo, cogió con sus manos desnudas al acero por junto á la guarnición y por el paraje donde no tiene corte; mas tirando Carlos violentamente hizo resbalar la hoja en toda su extensión entre las manos de madama Isabel: la sangre saltó, y la reina se dirigió hacia la puerta dando gritos. En ella encontró al duque de Orleans, á quien enseñó sus heridas.

— ¡ Qué ha sucedido? exclamó el duque palideciendo, ¿ quién os ha puesto así?

— Ha sucedido, exclamó madama Isabel, que monseñor se ha vuelto más loco y más feroz que nunca, y que esta vez me ha querido matar á mí como en otra ocasión os quiso matar á vos.

Y volviéndose hacia el rey sacudiendo sus manos chorreando sangre, continuó:

— ¡ Oh Carlos, Carlos! esta sangre caerá gota á gota sobre tu cabeza. ¡ Tiembla por ti, infeliz!